



## Rafa no tiene quien le pinche

La madre de un niño diabético debe ir a diario a la guardería porque nadie quiere inyectarle insulina

**Educación precisa que no hay obligación de prestar esta asistencia hasta que el pequeño comience en Primaria**

■ L. FONSECA

**GIJÓN.** Rafa está en un limbo administrativo. A sus dos años y medio y con una diabetes que le han diagnosticado hace apenas dos meses, ha quedado atrapado en un gran vacío legal del que nadie quiere hacerse responsable. El niño garabatea en un folio con sus pastas de colores mientras sus padres, Yolanda Álvarez y Pedro Miguélez, detallan su particular cruzada para lograr que alguien (un auxiliar, una monitora o una enfermera) se haga cargo de inyectarle cada mediodía la insulina que precisa mientras permanece en la guardería.

En el centro escolar de cero a tres años al que acude el niño desde sus cinco meses (La Serena) se han negado. «Al principio nos respondieron que sí, pero luego se informaron con el Ayuntamiento y con Educación y nos dijeron que no tenían obligación de hacerlo», explica la madre. Yoli entiende que las monitoras no quieren asumir esa responsabilidad, pero también considera que «las guarderías, sobre todo las destinadas a padres que trabajan, deberían disponer de alguien cualificado que pueda hacer este tipo de trabajo. Porque hoy es mi hijo, pero mañana puede ser otros muchos niños más».

Yoli y Pedro se encontraron solos. Ambos trabajan. Ella, en el centro Ángel de la Guarda, en Castillo de Bernueces. Él, en la construcción, lo que hace que «un día esté en Luarca, otro en Luanco y el tercero en Oviedo». Sin familiares que les puedan echar una mano, «nos arreglamos como podemos». De momento, es Yoli la que cada mediodía coge el coche y atraviesa medio Gijón para ir hasta El Llano, donde está la guardería donde está matriculado Rafa. «Entre ir y venir pierdo casi una hora». En el trabajo «se están portando muy bien» y le han dado permiso «hasta que pueda solucionarlo».

El problema es que «no sé si podremos solucionarlo de alguna manera». Ambos han removido Roma con Santiago. Primero lo intentaron con la guardería. «Fueron muy amables, pero no nos pueden ofrecer una solución». Desde allí les invitaron a acudir al Ayuntamiento y a la Consejería de Educación. Así lo hicieron. La guardería también se puso en contacto con estas dos instancias. Pero, de momento, «nada». El jefe de gabinete de Educación le explicó a Yoli que había abordado el caso de Rafa y que habían hablado, incluso, con la Consejería de Salud. La respuesta es la misma: «No podemos hacer nada». Educación alude a «un gran vacío legal» y hasta que Rafa no comien-

ce la Primaria a los seis años (la etapa en que se considera obligatoria), no tienen obligación de garantizar este tipo de atención.

«Lo peor de todo es que cuando tenga seis años tampoco van a contar con un auxiliar que le inyecte insulina», se queja ahora airada la madre. Ella se ha puesto en contacto con la Asociación de Diabéticos de Asturias. «Me han dicho que llevan cinco años luchando para intentar que los colegios se hagan cargo de los niños diabéticos, de controlarles la glucosa y de inyectarles insulina. Ahora todo funciona en

base a la buena voluntad de monitores y profesores».

**Mail a La Moncloa**

Pero hay más. A sólo dos calles de la guardería de Rafa hay un centro de salud: el de El Llano. «¿No pueden desde allí atender a nuestro hijo?», cuestiona Pedro. El caso es

**«Tengo que venir desde mi trabajo, en Castiello de Bernueces, para darle la inyección», dice Yolanda**

que si el pequeño acudiera a un centro de día en vez de a una guardería, algo ilógico para un crío de dos años y medio pues estos centros están hechos para personas mayores, Salud sí enviaría allí una enfermera. Pero al tratarse de un ente educativo, el caso excede sus competencias sanitarias.

**«A dos calles del colegio hay un centro de salud. ¿No pueden desde allí atender a nuestro hijo?»**

Los padres de este pequeño no cesan en su afán por intentar «normalizar» la vida de Rafa. «No podemos dejar de trabajar, pero tampoco podemos desatender a nuestro hijo. ¿Qué hacemos?», se preguntan. Su desesperación les ha llevado a llamar a muchas puertas. Han escrito mails al Defensor del Menor, al consejero de Educación, la Procuradora General y la alcaldesa de Gijón. Incluso, a la mismísima Moncloa. «Rafael es niño pero tiene derechos», advierten. De momento, el pequeño sigue sin tener quién quiera pincharlo.



El pequeño Rafa, en brazos de su madre, Yoli, juega con la cámara del fotógrafo. ■ JOAQUÍN PAÑEDA



## Una subida de azúcar le dejó 3 días en la UCI. «Lo pasamos fatal», dicen sus padres

■ L. F.

**GIJÓN.** Yoli y Pedro supieron que su hijo sufría diabetes de una forma algo dura. El pequeño llegó a pasar tres días en la UCI, en el Hospital Universitario Central de Asturias (HUCA), y otra semana en Cabueñes después de sufrir una gran subida de azúcar. Superó la marca de 400, más del doble de lo normal. Ambos

sabían que Rafa era celíaco, pero no que sufría diabetes. Nadie se la había diagnosticado hasta que un día, su madre, se dio cuenta de que el niño bebía mucho. «Hasta dos litros al día. Cogía la botella de agua como desesperado, con mucha ansia», recuerda.

El pasado 20 de septiembre, «como su pediatra no estaba, lo subimos a

Cabueñes». Allí les confirmaron que su hijo tenía un pico de azúcar y que había que ingresarlo de urgencia en la UCI pediátrica de Oviedo. «Lo pasamos fatal», aseguran ambos. Ahora Rafa está más estable, pero tiene que pincharse insulina tres veces al día. Al desayuno, a la comida y a la cena. También hay que controlarle el nivel de glucosa y darle comida

para celíacos que no esté contraindicada para su diabetes.

Rafa ha vuelto a ingerir alimentos e, incluso, a masticar. «Se negaba a comer porque todo le hacía daño. Estaba a base de yogur y purés», apunta su padre. «Lo del pinchazo lo lleva muy mal. Cada vez que voy a la guardería a inyectarle insulina se quiere ir conmigo para casa. Sería mucho mejor que lo hiciera algún auxiliar, porque eso normalizaría más la situación», opinan ambos progenitores. Rafa sigue de cerca la conversación de sus padres, aunque él prefiere jugar a que son sus muñecos los que reciben la inyección.